

Vivo en comunidad

*CÉSAR ROLLÁN SÁNCHEZ**

Nos encontramos en la «Comunidad de Begofía», año 2005, barrio de Begofía en la ciudad de Madrid. Somos doce adultos de los cuales ocho son pareja, tres permanecen solteras y una está casada pero el marido no pertenece a la comunidad. Sumamos ocho niñas y niños y un adolescente. Cada uno en su casa y Dios en la de todos, ésa es nuestra esperanza, nuestra experiencia.

El origen de la comunidad está en el grupo juvenil que hace unos veinticinco años funcionaba en el colegio del barrio; chicos y chicas de catorce y quince años, con ganas de cambiar el mundo y una ligera idea de ser grupo religioso. El colegio y la parroquia eran y siguen siendo dirigidos por los carmelitas; en aquella época el movimiento juvenil estaba en su mejor momento, con mucha actividad y un ambiente extraordinario.

El grupo fue creciendo poco a poco en número de años y de miembros. Fueron cambiando los curas que lo animaban, unos llegaban otros se marchaban y el grupo maduraba. Al llegar los últimos años del colegio y los primeros de la universidad llegó la actividad casi frenética de pastoral, campañas, proyectos, pascuas. Se mantenían los mismos sin demasiados cambios de personal.

Con el tiempo el grupo se quedó sin animadores, ni referentes que fueran por delante, con poco apoyo de la parroquia y la responsabilidad de guiar a los que venían detrás. Llegó el momento de incorporarse al mundo laboral y en el grupo el momento de dar el paso a comunidad, sin saber muy bien qué

* Miembro de la «Comunidad de Begofía», Madrid.

podía significar aquello. Se comenzó a elaborar un proyecto comunitario en el que se fueron incorporando palabras como celebración, oración, fraternidad, sencillez, acción, expresiones que se hacían vida en las reuniones y en todo lo que se programaba.

Hace casi diez años que yo me incorporé a la comunidad. Venía de otra experiencia comunitaria, de las que se suelen llamar de «vida religiosa». He vivido el caminar comunitario de la mano de Cristina, con la que llevo casado seis años y desde hace casi tres con Daniel, nuestro pequeño.

Cada semana nos reunimos en la casa de algunos de nosotros, normalmente los viernes al caer la tarde. En las reuniones buscamos estar atentos a lo que nos ha pasado, nuestros gozos y esperanzas de la semana. Escuchamos y participamos desde la vida. Procuramos tratar temas de actualidad que nos toque discernir de forma individual para poder contrastar ideas y propuestas. Celebramos la «fracción del pan», al más puro estilo «Hechos de los Apóstoles» en momentos puntuales. Tenemos actividades comunes fuera de las reuniones que van desde el tiempo de ocio compartido hasta la convivencia trimestral de fin de semana.

Varios de nosotros llevamos a cabo una labor, cargo o ministerio: coordinación, tesorería, relaciones externas e incluso organizador de la guardería; por cierto, los niños ocupan cada vez más nuestro tiempo comunitario y gozamos viendo cómo ellos también comparten la amistad y un estilo de vida cristiana alegre y positivo.

Más o menos vivimos cerca pero no siempre es fácil vernos con frecuencia y mucho menos quedar para rezar juntos, así que desde tiempo atrás nos proponemos orar en lo que llamamos «monasterio invisible», con textos que cada quince días prepara uno de nosotros para todos y que rezamos por la tarde, cada uno en su casa pero sintiendo la cercanía de los demás.

Nos sentimos muy unidos al colectivo de comunidades cristianas Encomún, en el que participamos desde sus comienzos (en 2006 celebramos el décimo

aniversario) y en el que encontramos un referente muy valioso de experiencias parecidas, andaduras similares y propuestas accesibles desde la vida seglar.

Desde mi experiencia, creo descubrir en mi comunidad un lugar sano a nivel eclesial; no son buenos tiempos los que nos toca vivir, se palpa la uniformidad de ideas, doctrinas y liturgias. Tampoco el «sistema» está en su mejor momento por su relativismo extremo, individualismo y distanciamiento entre las sociedades. No somos héroes, quizá sí nos sentimos, en cierto modo, como en las catacumbas en las que se refugiaban los primeros cristianos de las persecuciones o como en la aldea gala de Astérix y Obélix que resistían los ataques romanos de fuera y seguían viviendo con alegría en su interior.

Se decía de los primeros cristianos aquello del «mirad cómo se aman» y ése es ahora nuestro mayor empeño. ¿Evangelización? La del testimonio vivo de una comunidad cristiana que se lo cree de veras y la del testimonio vivo de cada uno de nosotros en su trabajo, familia, amigos... Se nota un estilo propio que cuestiona.

No estamos abordando grandes proyectos evangelizadores ni tampoco pequeños, algunos llevamos grupos de catequesis, otros colaboran en la animación litúrgica de la parroquia, llevamos el boletín de Encomún entre todos y algunos seguimos adelante con el informativo Ecclesia. Tampoco estamos transformando la sociedad con acciones significativas, lo significativo es nuestra propia vida, la forma de relacionarnos, de afrontar los problemas, de acompañar al que pueda necesitar ayuda... la forma natural y sincera.

Al terminar el curso evaluamos el año y buscamos juntos lo que nos ha hecho gozar para poderlo repetir, lo que no ha salido bien para mejorarlo y lo que no ha sido conveniente para retirarlo. Al terminar estas líneas, además de agradecer a Teódulo la posibilidad de participar en este número de *Sinite* (soy antiguo alumno del Instituto San Pío X), quisiera dejar constancia de que la propuesta de Jesús encarnada en cada uno de nosotros, miembros de una comunidad cristiana, requiere una constante evaluación que nos haga

recordar qué nos hace gozar para conservar la fe, qué podemos mejorar para construir esperanza y qué podemos retirar para caminar en el amor.

Seguimos en búsqueda con muchas incertidumbres pero con la intuición de querer vivir la vida de fe juntos, desde la sencillez, con los pies en el suelo, al aire del Espíritu, con Cristo en medio y Dios al fondo.